

SEÑAL
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR
Eloy Perillan Buxó

NÚMERO DEL JUEVES
15 CÉNTIMOS
suplemento del domingo
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS
a doble precio

SUSCRIPCIONES

En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 24 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.



SEÑAL
JUEVES Y DOMINGOS

LOS DOMINGOS
SOLO
PARA LOS SUSCRITORES

NÚMERO AL CROMO
15 CÉNTIMOS
A LOS VENDEDORES
10 RS. CADA MANO

NÚMEROS ATRASADOS
a doble precio

SUSCRIPCIONES

En provincias, 3 meses, 14 rs.; 6 meses, 28 rs.; 1 año, 50 rs.
En París de Francia y demás países extranjeros, 1 año, 25 francos ó pesetas.
En América, 1 año, 7 pesos fuertes.

ADMINISTRACION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.

ÓRGANA POLÍTICA LIBERALA

EMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES
Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos BROMÍSTICOS que deben ustedes leer... por curiosidad.

LUIS RIVERA

Nació en Valencia de Alcántara, el 25 de Agosto de 1826; su padre fué labrador. Con la salud ya quebrantada, marchó a Sevilla, Málaga, Santander, Santa Agueda y Cestona, y habiéndose empeorado de un modo alarmante, vino precipitadamente a Madrid, donde murió a las pocas horas, pues a la mañana llegaba a la estación, y por la noche, apenas entró en el lecho, pasó a disfrutar el sueño eterno.

Siendo joven, salió de su pueblo acompañando a una estudiantina, que se dedicaba por las villas y lugares a dar funciones teatrales, durante el verano, cuyas obras escribía Luis, a más de ininidad de obras picarescas, que cantaba con sus compañeros. Esta forma de vida, sirvióle muchísimo.

Uno de sus primeros ensayos literarios fué la novela titulada *Los Hijos de la Fortuna*, que no fué, por sus resultados, un estímulo, para quien necesitaba vivir del producto de su pluma.

Resuelto a escribir para el teatro, no tardó en dar a la escena el drama titulado *Las aves de jaso*. Pero en Madrid, donde tantos dramas se escriben, es difícil, no siendo autor conocido, obtener el obsequio de un primer actor. Sin embargo, Antonio Zamora, que entonces era uno de los primeros actores de Novedades, lleno de buen deseo, leyó la obra, y determinó ponerla en escena. Por cierto que esto le proporcionó bastantes disgustos con la empresa, y no pocos perjuicios.

El éxito fué notable, y le sirvió al autor de gran estímulo, pues reconoció con esto una deuda grandísima para con el público, para con Zamora y para consigo mismo.

Entre las muchas obras que dió a la escena, recordamos las siguientes: *El Humor y el Trabajo*, *El Padre de Familia*, *La Profecía*, *Al borde del abismo*, *Los Piratas*, *Batalla de amor*, *Presente mi General*, *El secreto de una dama*, *El Paraíso de Madrid*, *Un viaje alrededor de mi suegra*, *El Estudiante de Salamanca*, *La vida parisienne*, *A rey muerto...*, *Stradella*, (con M. del Palacio), *Campanone* (con Frontauri).

Con respecto a sus producciones dramáticas, que donde él ha puesto libremente su ingenio, realza la notabilidad del pensamiento.

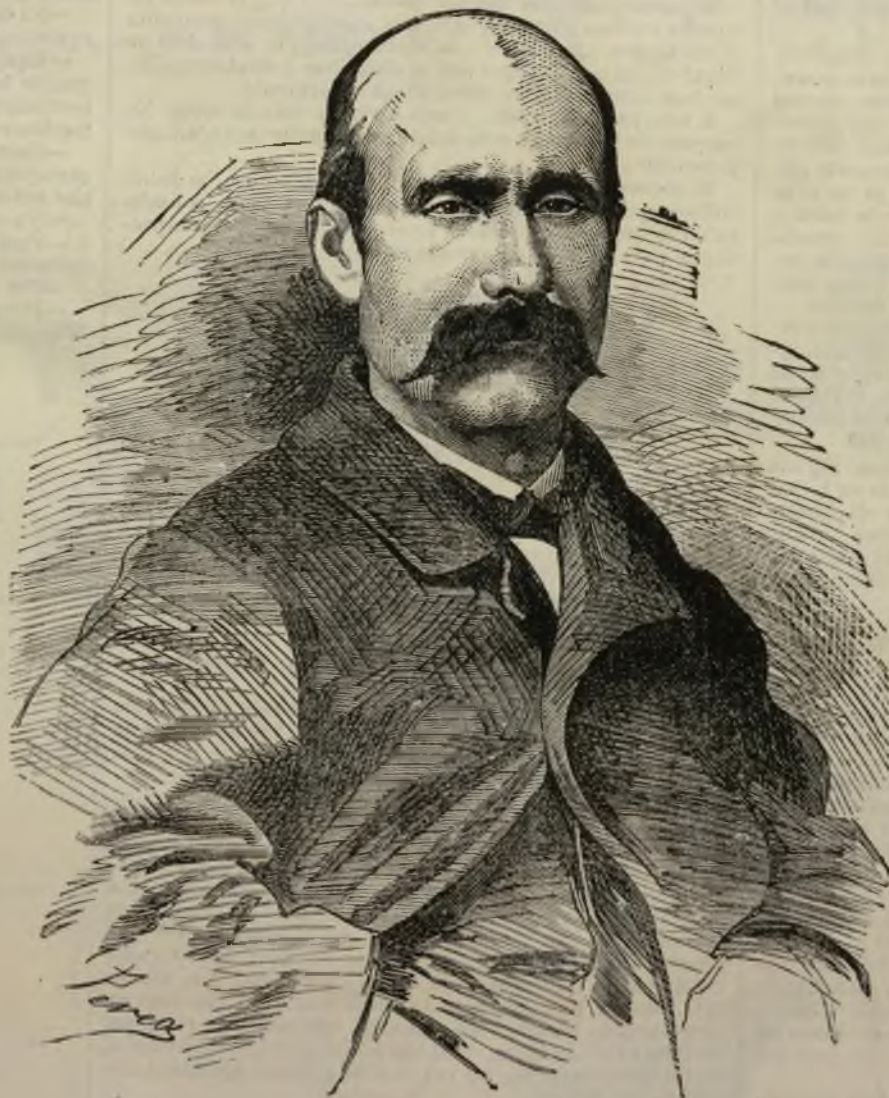
Escribió en *La Discusión*, sustituyendo a M. del Palacio, y con éste escribió también *El Museo Cómico* y el epigramático libro, *Cabezas y Calabazas*. Hizo también una oda, *Al mar*, muy buena, y otra *Al Ferrocarril*, en que se mostró más que nunca poeta, inspirándose como Quintana en la musa de lo porvenir.

Fundó el *Gil Blas*, que sustentó nueve años en el favor del público. Ha atravesado épocas bien comprometidas; fué llevado a la cárcel cuando un Gobierno suspicaz creyó prender en él al autor de un periódico clandestino, y logró que su periódico, sin dejar de ser intencionalmente político, fuese mencionado en más de una ocasión como modelo de sensatez y de probidad política. Mientras proseguía tan laudable empeño, la muerte le salió al paso.

Ingenioso en sus escritos, afable en su trato, culto y moderado, era de esos hombres a quienes se alude cuando con horror ó desprecio se habla de demagogos. Sin embargo, los adversarios más apasionados hacían una excepción en favor suyo, así que llegaban a conocerle.
(Apuntes según biografía hecha por Roberto Robert.)

DIVERSIONES

Me escribo un dilettante y me pregunta por qué no hablo del Teatro Real.



LUIS RIVERA

Hombro... le diré a usted; porque peor es menecillo. Yo estimo al Sr. Rovira, que es un catalán digno de mejor suerte; pero tengo en más aprecio al arte lírico, y para desagrar a éste, tendría que zurrarle de lo lindo a aquél. Después de la existencia lánguida y empedrada de escalabros que armista en esta temporada nuestro gran teatro de la Ópera, servido por una compañía deficiente, que al público de Madrid le cuesta buenos millones, qué novedades nos ha presentado en la última semana el Sr. Rovira?

Pues una ópera del repertorio cómico, que nunca se canta en los grandes teatros, sin que eso quiera decir que *Fra*

Diávolo carezca de mérito en su género. Aun así y todo, para cantar la graciosa partitura de Anber, se necesitan artistas especiales, hábiles en los trabajos de agilidad, que constituyen todo el atractivo de esta ópera. En Madrid pudo agradar, y agrado realmente, cuando la cantaron tenores como Naudin y Stagno, que sabían bordar su papel.

Pero ¿quién imagina que M. Lestellier podía sostener la competencia con aquellos grandes artistas, aun cuando procurara congraciarse con los críticos ofreciéndoles un gran banquete? ¿A quién diablos se le ocurre meter a la pobre Vitali en compromisos como el papel de Zerlina?

La ópera ha salido mediana, y el paciente público se ha aguantado: la misma cuenta le habría salido incomodándose. Baste decir, que los artistas más aplaudidos en *Fra Diávolo* han sido dos compromisos. ¡Ah! excuso decir, que la orquesta ha estado infernal, según costumbre, habiendo llegado hasta perder el compás, que es lo único que nunca pierden los músicos.

Para desagrararnos, el Sr. Rovira, ha puesto después en escena *Roberto el Diávolo*... y va de diablos... pero un Roberto cantado por Marin. Compadecan ustedes a los desdichados que lo han oído. ¿Quién había de decir al duque de Normandía que vendría a caer en manos de un aragónés... y de Teruel por añadidura!

¡Valientemente está usted embromando a los abonados, Sr. Rovira!

Ya que de música he hablado, andemos de una vez el mal camino. Desde el teatro de la Ópera siganme ustedes al teatro de la plaza del Rey; pero sin sofocarse, porque estas cosas hay que tomarlas con frescura.

Ya estamos, como quien dice, dentro del Circo de Price.

En este circo, convertido en teatro de ópera cómica, vulgo zarzuela, se representa una, cuyo libro dejó escrito el pobre Puente y Brañas, apreciable autor dramático, que como ustedes saben, pasó a mejor vida.

La crítica no puede ensañarse con su obra postuma, porque el respeto se lo impide; pero, aunque quisiera, tampoco encontraría pretexto. La zarzuela se titula *Rosa de mar*, y es sencillamente un arreglo en castellano de la ópera cómica francesa *La Reina de un día*, letra de Scribe y música de Adam. El asunto es del género inocente: trátase de una modista que tiene maravillosa semejanza con la esposa de Carlos II de Inglaterra, y a quien se le hace representar por espacio de veinticuatro horas el papel de reina, a fin de que su presencia entusiasme a sus partidarios y triunfe la restauración. La intriga sale a pedir de boca, y a la reina suplente se la gratifica con un rico dote y se la casa con el baritono, a fin de que las cosas acaben como Dios quiere y manda que acaben en una zarzuela.

El arreglo del libro está hecho con mucha discreción y enriquecido con abundantes chistes; pero el edificio flaquea por la parte musical: de ser música de Adam a ser música de Cereceda, calculen ustedes si habrá distancia!

Y eso que al maestro Cereceda le han ayudado en su obra, prestándole motivos y pensamientos, hombres tan serios como Meyerbeer, Gounod y Arrieta. Pero ni por esas; la factura es trivial y el conjunto descolorido.

No obstante, como el público que acude a aquel teatro, no es de lo más avoutajado por sus conocimientos musicales, la *Rosa de mar* habría pasado perfectamente, sin discordias ni disgustos, a no dar la pícara casualidad de que la empresa de Price tiene asalariada una *claque* tan inconfinente, que con sus destemplados y estrépitosos aplausos echó el paso a perder, amostazó al verdadero público, y entre aplaudidores y silbadores se armó la primera noche la de Dios es Cristo.
(Véase la cuarta plana)

Ayuntamiento de Madrid

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

CAPÍTULO V.

EN CASA DEL SEÑOR RACIONERO

Eran muy apreciables personas D. Lucas y la señora Petra: ésta especialmente, me trató desde el primer día con una afabilidad y con una dulzura que yo no sabía agradecer lo bastante. Por la mañana, apenas nos levantábamos, me daba una buena taza de chocolate con un bollo tierno; lo cual no era inconveniente para que almorzáramos los dos juntos algo más tarde: el cocido se comía infaliblemente a las doce, cuando las campanas de la catedral tocaban a mediodía; y por si acaso me hubiera desfallecido, a las cuatro me daba la señora Petra algo de merendar, y cenábamos, por último, a las ocho, o poco después.

Para quien estaba acostumbrado, como yo, a la frugalidad y a la escasez que presidía en la casa del barbero de Caracenilla, este régimen de alimentación era una felicidad no soñada; pero con todo, me acostumbré rápidamente a aquella vida regular, y di mil gracias a mi buena estrella que había permitido que muriera el escribano D. Prudencio para que yo fuera a parar adonde los solícitos cuidados de la señora Petra me procuraban comodidades dignas de un canónigo. Andando el tiempo, mi humanidad había llegado a adquirir la maciza solidez de D. Lucas, si los caprichos de la suerte no me hubieran arrancado a la vida regular de la casa del racionero.

Pero yo estaba destinado a más altos destinos que los de ayudar a la señora Petra en la limpieza y policía de aquella santa casa.

El diablo nunca está vicioso y su malicia no respeta ni a aquellos santos lugares de donde debían ahuyentarse las pilillas de agua bendita y las sagradas imágenes de los celestiales moradores.

A la edad de quince años yo tenía todavía una alma inocente, y en los primeros días de mi llegada a la casa de don Lucas, no pude comprender que la señora Petra me había otorgado su protección con propósitos no del todo santos. Sus miradas intencionadas cuando estábamos solos, que era casi siempre, no las entendía yo, ni su cariñosa solicitud significaba a mis ojos otra cosa que la natural bondad de su alma. Una noche, sin embargo, apenas me había metido en la cama, cuando ya D. Lucas debía dormir tranquilamente, la señora Petra entró toda azorada en la estrecha habitación que me servía de dormitorio, y lo que más me sobresaltó era que venía en un traje demasiado ligero.

Su turbación provenía de que al tiempo de ir a meterse en la cama, había sentido, según me dijo, un ruido misterioso y persistente, una especie de gruñido amenazador que heló la sangre en sus venas. Era sin duda, el diablo que la expiaba para celar en ella sus uñas.

Yo quise tranquilizarla haciéndole ver que el diablo no podía atreverse a turbar con su presencia tan santa morada; pero ella se negó a volver sola a su habitación, donde el mal enemigo había sentido sus reales. Tuve que acompañarla a su llevando en la mano una luz, y sólo de este modo constituyó en volver a su dormitorio, fuertemente asida a mi brazo. Cuando entramos en su cuarto, yo no vi ni oí nada de particular; registré hasta debajo de la cama y nada encontré que pudiera inspirar miedo. Pero cuando iba a retirarme, ella creyó sentir algo que la inundaba de pavor, y el brusco sacudimiento de su brazo asido al mío hizo que la vela se me cayera al suelo, y quedamos a oscuras.

Si, si debía estar el diablo allí, porque cuando yo me retiré a la madrugada, no era ya el muchacho inocente, ignorante de aquellas cosas que se aprenden al llegar a esa edad. Desde aquel día mi trato con la señora Petra fue mucho más familiar, y el miedo a las travesuras de los diablos no nos permitía dormir en distinta habitación.

Después he comprendido que si el diablo tomó alguna parte en aquellas aventuras, no estaba escondido en la habitación de la señora Petra, sino que lo llevaba ella encerrado en el pecho bajo la forma de un mal deseo, y que aquellas atenciones con que me abrumaba desde que entré en la casa, obedecían a una causa que yo en mi inocencia no había sospechado.

No pasó mucho tiempo sin que yo conociera que también el Sr. Racionero tenía algunas veces miedo de los diablos, porque cierta noche en que fui a buscar a mi amiga en su cuarto, encontré la jaula vacía. Me sorprendí al pronto, la busqué con gran sigilo por toda la casa, y hasta cerca de la madrugada no la encontré. Por ciertos respetos no diré de donde salía, pero sí que esto me disgustó hasta el punto de que la emprendí con ella a puñadas. El ruido de nuestro expresivo diálogo debió despertar al Sr. Racionero, que acudió todo azorado: yo quise escurrir el bulto al ver que acudía con una luz en la mano, se me enredaron los pies y yo no sé donde, y caí al suelo arrastrando en mi caída a la señora Petra.

Necesitaré añadir que D. Lucas me despidió de su casa, y no con buenos modos apenas amaneció el día.

Mi ofendida amiga tenía, sin embargo, buen corazón. Sin que pudiera verlo el señor racionero, puso en mis manos disimuladamente un pequeño envoltorio de papel. Cuando lejos de la casa lo registré, encontré en él cinco duros en monedas de plata, y una medalla de Santa Genoveva del mismo metal.

Me consolé sin dificultad, aun viendo que había perdido las comodidades de la casa de D. Lucas y las finezas de su ama de gobierno. Dejaba en primer lugar la humillación de la servidumbre, y sintiendo que había nacido con vocación para más altos destinos, más motivos tenía para felicitarme que para afligirme. Además, la sociedad de la gente de iglesia me era poco simpática, y no me desagradaba verme lejos de ella. Por último, y esta razón tenía mucho peso, me encontraba rico, porque veinte reales que me quedaban del dinero que suque de Caracenilla, dos duros que me había pagado D. Lucas por dos meses de soldada, y cien reales que acababa de regalarme la señora Petra, formaban un total de ciento sesenta reales; cantidad que me parecía una fortuna inverosímil.

¿Puede vivir sometido al yugo de la servidumbre un hombre que posee un capital de ocho duros? Solo el pensarlo me indignaba. Debía buscar, pues, una posición indepen-

diente, podía aspirar a las consideraciones sociales que merece el hombre acaudalado: no, yo no podía ni debía servir.

Con la cabeza erguida y pisando recto pasé algunas calles de Cuenca, admirado de que las gentes que encontraba no me saludaran con respeto. ¡Infelices! Ignoraban seguramente que el joven que pasaba a su lado tenía ocho duros en el bolsillo.

Entré por último en una posada cuyo aspecto me pareció bastante decente para merecer la honra de darme albergue. Pedí que me dieran un cuarto con buena cama y mandé que me dispusieran comida.

El posadero, que no debía estar acostumbrado a tratar con personas distinguidas, tuvo la impertinencia de advertirme, que en su casa era costumbre que pagaran por adelantado los huéspedes que no eran conocidos. Le miré con una sonrisa desdeñosa levantando las cejas, y sin contestarle arrojé un duro sobre la mesa. El se apresuró a recogerlo y guardarlo, y ni aun siquiera me hizo al retirarse una cortesía.

Por entonces no me extrañó esta falta de cortesía. Fue mucho más adelante, leyendo novelas, cuando yo aprendí que los posaderos hacen resretuosos saludos a los ilustres aventureros que llegan a su casa, cuando estos arrojan sobre la mesa su bolsa sonora.

Todo aquel día lo pasé meditando el partido que debía tomar, porque al hombre, por más que se considere rico, no le está bien vivir ocioso. Concluí por reconocer tras de madura meditación que lo que mejor me convenía era dedicarme a estudiar y abrazar una carrera científica o literaria. ¿Podría comenzar mi estudio en Cuenca? Seguramente: lo primero, necesitaba aprender algo de latín y filosofía, y yo no ignoraba que en Cuenca había un Instituto donde podría estudiar aquellas cosas antes de marchar a Madrid para emprender una carrera superior.

Me disponía aquella noche a acostarme, cuando entró en mi cuarto con una cuartilla de papel en la mano una de las dos criadas de la posada. Era la cuenta del gasto del día que me mandaba el posadero.

La miré al pronto con indiferencia, y luego con más atención y cierto sobresalto. Por cuarto y cama me ponía una peseta, tres reales por el desayuno y su correspondiente vino: por el cocido del medio día y postre de fruta, tres y medio, tres por la cena y medio real por una vela; formando un total de catorce reales. De manera que siguiendo con el mismo gasto solo me quedaba dinero para vivir con aquel boato por espacio de otros diez días.

¡Que triste desencanto!... ¡Y yo que me había figurado que mis ocho duros serían inagotables!

Despedí a la criada diciéndole que la cuenta estaba bien y me sumergí en serias meditaciones; porque ya comprendía que era preciso variar mi plan. ¿Qué estudios va a emprender un hombre que solo tiene cubiertas sus necesidades para diez días?

Sin embargo, a los quince años no hay quien se apure por nada. El presente lo tenía asegurado; mis siete duros sonaban alegremente en mi bolsa de estambre cada vez que yo los tocaba con los nudillos. Me dormí con toda tranquilidad, y esperé el porvenir sin asustarme.

A la mañana me despertó una grande algazara que se oía en el patio de la posada.

Me asomé a la ventana del cuarto, y vi que la causa de aquella ruidosa alegría no era otra cosa que una compañía de titiriteros, gimnastas o saltimbanquis que acababan de llegar en un carro, y que por lo visto iban a establecer allí, por una temporada, su maravilloso espectáculo.

A toda prisa me vestí, y bajé a verlos más de cerca. No era cosa de perder un solo detalle de aquella novedad sorprendente.

El recuerdo de mi situación, un tanto insegura, se había borrado por completo en mi imaginación. Sólo pensaba ya en lo que iba a disfrutar teniendo tan cerca un espectáculo para mí completamente nuevo.

VARIANDES

SAN PEDRO Y UN VECINO DE SANTANDER

Cuatrocientos gacettilleros desocupados y toda la pillería de Madrid, se obstinaron en hacer hombre importante a un vecino de Santander que maldecía el mérito que tenía.

Y como el que hace ruido es el que bulle, hé aquí que a fuerza de gritar los gacettilleros, silbar los pillastres en la Puerta del Sol y decir algún *chicoteo* en la Carrera de San Jerónimo, llegó el hombre aquel a ser diputado, senador, duque, opulento banquero y qué sé yo cuantas cosas más.

Pero lo más particular del caso, es que este vecino rico de Santander, era íntimo amigo de otro vecino pobre de aquella población, que se llamaba Andana, y que por más señas, era periodista excomulgado en no lejana época.

Y como el vecino rico había sido seminarista en sus primeros años, y Andana había tirado los libros y escapado del seminario conciliar, en no pocas ocasiones, eran dignas de oírse las discusiones teológicas que muchas veces sostenían los dos amigos en la horchatería, o cuando con levita de dril, sombrero de paja y la sábana debajo del brazo, iban a bañarse en las litorales playas del Sardinero. Por supuesto, que Andana tenía el defecto de todos los liberales españoles; es decir: hablaba mal de los curas, y el vecino rico, aunque no hablaba mal y tenía oratorio y capellan en su palacio de Madrid, sin embargo, era más bien religioso de forma que de fondo, y en sus labios siempre se dibujaba una sonrisa escéptica, tal vez dedicada a las respetables mitras de los obispos.

Tanto hablaron los dos amigos de teología y de la vida eterna, que hasta los vapores de Lopez que estaban anclados en la bahía, oyeron estas palabras:

—Ea!—dijo Andana—hagamos aquí una promesa mutua para cumplirla en el otro mundo.

—¿Qué es ello?—Preguntó el vecino rico.

—Cualquiera de nosotros dos que muera, apenas llegue a la otra vida, ha de preguntar a San Pedro que destino tuvo el otro: tú te interesarás por mí, y yo por ti, para ayudarnos en todo lo que pudiéramos.

—Aceptado,—dijo el vecino rico.

Y los dos amigos se estrecharon las manos.

Pero tanto se llegó a cansar ya el Padre Eterno de aquellas elucubraciones teológicas, que tuvo a bien tocar la campanilla y suspender la discusión. (Fijese el Sr. Posada Herrera en la manera de concluir el debate.)

Un día Andana fué a bañarse como de costumbre; puso la sábana, la levita de dril y el sombrero de paja sobre una paja, y como se llamaba Andana, empezó a andar por la playa, se internó en el agua y... no apareció más!

El vecino rico le costó santos funerales, se volvió misántropo a fuerza de pensar en la otra vida, arregló las cuentas viejas de su conciencia, y después de arrepentirse a los pies de un sacerdote, esperó resignadamente una pulmonía... es decir... no la esperó, porque ella le cogió tan de sorpresa una mañana de invierno, en el Retiro, que tres días después y sin suplicar el coche... ¡parecía una hermosa escuela de defunción en *La Correspondencia de España*!... (Un dato más para la biografía de Santa Ana que ha publicado *El Globo*.)

Habiendo muerto, pues, el vecino rico, llegó hasta las puertas del Cielo, donde encontró a San Pedro, tipo que no describimos por ser demasiado conocido del vulgo.

—Hombre!... exclamó el Apóstol, bien venido seas!... Mala vida has tenido en tus primeros años y de las reputaciones que crea la pillería de Madrid, no se hace aquí aprecio alguno; pero al fin has tenido un verdadero arrepentimiento, has hecho una buena confesión a última hora, y yo, en nombre de Cristo, te abro las puertas de la bienaventuranza eterna.

—¡Oh qué felicidad!... murmuró el vecino rico; pero antes de pasar adelante ¿me podréis decir, venerable Apóstol, qué suerte cupo al alma de un amigo mío de Santander llamado Andana?...

—Lo ignoro; pero como yo conservo en mi poder los libros de registro del Cielo, el Purgatorio y el Infierno; libros donde constan todas las almas que van a cualquiera de esos lugares, y por darte gusto, puesto que eres de los escogidos, podemos revisarlos si te parece.

—¡Oh! Sí; revisadlos.

Y San Pedro cogió un voluminoso pergamino y leyó así:

—Libro del Cielo. Obispo de Santander... Alma de un tal Andana... Andana... Andana... Andana...

Y después de pasar sin número de folios, dijo:

—Siento noticiarte que el alma de tu amigo Andana no aparece inscrita en el libro de los justos.

—¡Ah!—exclamó el vecino rico; ya sé la causa; él era demasiado atrevido en sus discusiones teológicas y acaso estará purificándose de sus culpas. Mirad el libro del Purgatorio.

Tomó San Pedro con mucha cachaza otro libro veinte veces más voluminoso que el anterior: empleó larguísima hora en hojearle, horas que en la eternidad parecían instantes, y al cabo de ellas, dijo con sequedad y arrugando el entrecejo:

—El alma de tu amigo Andana no está inscrita aquí.

—¡Oh! Dios mío!... Se ha condenado! La excomunión en que incurrió ha sido su desgracia. Mirad, venerable Apóstol, mirad el libro del Infierno, que allí estará el infeliz.

San Pedro, no de muy buena gana, cogió el libro del Infierno, que solamente en la parte correspondiente al siglo XIX, era diez millones de veces más grande que los dos anteriores, y después de revisarle, exclamó con el mayor asombro:

—¡Tampoco está aquí el alma de tu amigo Andana!...

—¿Cómo puede ser eso? preguntó el vecino rico. Ni está en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno... entonces... ¿dónde está?

—No habrá existido tal Andana en el mundo: te habrás equivocado tú.

—Equivocarme?... Si Andana y yo éramos íntimos amigos; si hemos tomado limón y discutido mil veces en la horchatería; si nos hemos bañado juntos en la playa del Sardinero; si escribí un periódico en Santander...

—Basta!... Basta!... dijo San Pedro soltando ruidosa carcajada. Con que era periodista? Pura qué no lo has dicho antes?

—No comprendo...

—Pues no sabes tú que el alma de un periodista no se encuentra en estos libros?

—Por qué razón, venerable Apóstol?

—Porque los periodistas son como los escribanos... ¡No tienen alma!...—ALFREDO G. DÓRIGA.

La viuda de Simon

Diz que murió un tal Simon, y su esposa en grande duelo, por tener algun consuelo mandó hacer un figuron.

Se lo hicieron de madera, muy parecido al difunto, y ella colocó al punto en su misma cabecera.

Se gozaba en este busto, lo vestía, lo peinaba, y la ropa le cambiaba llena de entusiasmo y gusto.

Lo encontraba tan gracioso, que en verlo se deleitaba, con él fingía que hablaba en tono el más cariñoso.

Un año así se pasó, y un joven bien parecido, pretendió ser su marido... propuesta que ella aceptó.

Y tanto el la visitaba y en ella el amor crecía, que ya ni una vez al día de su Simon se acordaba.

Quitado del dormitorio y en la despensa metido, entre desnudo y vestido Simon, era un envoltorio.

Cierta día que á comer vino el esposo futuro, por salir bien del apuro y poderlo complacer; Gastó cuanto tuvo en caja para obsequiar al presunto, y al recordar al difunto resolvió darle de baja.

Faltóle fuego á un jamon, pidió leña la muchacha, y la viuda tomó un hacha con que destruyó á Simon.

Y después de hacerlo trizas mandó que lo licieran brasas... ¡Ay amor, que cuando pasas sólo quedas en cenizas!

MANUELA V. DE PLANCHENIA.

LA BROMA (5º Suplemento el jueves)



Diga usted, señor empresario, ¿no podría usted poner bocadito de serreta á su *claque*?

Esta semana á todo el mundo le ha dado por la música. Ahí tienen ustedes (es decir, ahíño, en la calle de la Magdalena al teatro de Variedades, que también se ha descolgado con una revista cómico-lírica, que lleva por título *Lucas y sus abuelos*, obra de un sinnúmero de autores, que entre todos los han producido un acto. Los que han escrito la letra son nada más que tres: Lastra, Prieto y Ruesga; los que han compuesto la música, dos: Chureca y Valverde, y como autores cuentan ustedes también á los señores Busato y Bernardi que han pintado dos decoraciones. En fin, que cuando el público llamó á los autores á la escena, aquello era una verdadera manifestación: los autores que se presentaron fueron siete.

La revista, en su mayor parte, política, tiene gracia y se aplaudió á rabiar. En ella no solo salen los fusionistas, sino los *fautoches*. Si quieren ustedes pasar un rato divertido, les aconsejo que la vean.

En el mismo teatro se ha estrenado una piececita cómica de mucho enredo, enajada de chistes y propia para desterrar de risa á la misma estatua del Comendador. Se llama *El último de los electos*, y aunque su asunto es disparatado é inverosímil, todo se le puede perdonar en gracia á sus originales peripecias. Su autor, D. Julian Iglesias.

Otros dos estrenos en Eslava, *El número fatal* y *Buenos informes*. El primero nada tiene de particular; es un juguete cómico-lírico, original de D. Adolfo Lopez, con música ó cosa así del Sr. Mangiagalli. Le salvó su diálogo chispeante y la buena ejecución.

La otra es una pieza también de un solo acto, escrita por el Sr. Navarro y Gonzalvo, en la que un buen padre se dedica á buscar informes acerca del carácter y prendas de su futuro yerno, antes de otorgarle la mano de su hija. Ejemplo prudente que todos los padres debían tomar. El público la recibió bien: sabido es que el público de Eslava no peca de descontentadizo.

¿Quieren Vds. mas novedades? Pues allá van otras dos. Estas pertenecen al teatro de Lara. *Error el golpe* se titula una pieza en un acto original del Sr. Marsal, que no reviste grande originalidad, pero que está escrita con gracia y no carece de vis cómica.

Mal éxito ha tenido en el mismo teatro un boceto de costumbres titulado *Las fiestas de antaño*. Como su autor no sepa retratar mejor las de *agosto* que las de nuestros antepasados, está perdido. Para amenizar estas fiestas tienen también su poquito de música... pero ni por esas. El público solo se rió cuando vió á la señora Valverde bailar un *minuet*. Pero no llevó su curiosidad hasta el punto de querer saber quiénes eran los autores del presunto boceto.

A la bellísima funámbula miss Zarah le han tendido en el teatro de Novedades una red... No vengan Vds. á alarmarse: no es red para cazarla; es una red de cuerda para que el público no se asuste temeroso de que en sus arriesgadas piruetas caiga una noche la simpática miss y se haga tortilla.

Conste, sin embargo, que la red se ha tendido á disgusto de la intrépida artista.

Del teatro Español y de la Comedia, observarán ustedes que no les digo nada. Pues sencillamente porque no dan nada que decir.

Antes de terminar no llevarán á mal mis apreciables lectores que les diga algo acerca de una fiesta que el domingo pasado se celebró en el Conservatorio, escuela donde se educan los futuros artistas que con provecho suyo han de ar gloria á España.

En el concierto organizado lucieron su habilidad alumnos y alumnas aventajados de las diferentes clases de música y declamación. Las alumnas especialmente me parecieron más simpáticas.

Se aplaudió con justicia á algunas que cantaban algo mejor que otras que figuran ya en compañías de ópera. Las que se llevaron toda la atención fueron dos lindas hermanitas, las señoritas Concha y Carmen Diaz, que tocaron en dos pianos una gran fantasía de *Norma*, que no lo hubieran hecho mejor dos hermanos Rubinstein, si el coloso ruso tuviera hermanos.

Pues bien, esas dos notables pianistas que aún no han terminado su carrera, son españolas, y discípulas del señor Zabalza.

¡Bravo por las españolitas que así tocan el piano!

BAMBALINA



Como LA BROMA también paga su contribución, derechos de timbre y otros excesos, natural parecería que se la remitiesen ciertas circulars, como la que algunos diarios del género *serio* anuncian haber recibido del digno empleado en la Central de correos á quien vamos á deber la organización de la mesa de rectificaciones.

El pensamiento no puede ser más laudable, y su iniciador, el Sr. Soler, merece bien de la prensa: reciba un aplauso, si le acepta, de los pobres periódicos caricaturescos, más leídos y buscados que los *organos* de alto vuelo... y poca suscripción.

Perdonar las injurias se titula un dramita infantil, escrito para que con él hagan sus ensayos escénicos los hombres de mañana y las ciudadanas del porvenir.

La obra realiza el propósito de su autor, modesto para su prologo y digno de la más cordial enhorabuena.

No nos gusta tocar el bombo; ni de vista conocemos al señor *Lasada*, autor del poemita escénico á que nos referimos; pero la *cosita* es bonita, y los directores de colegios deben adquirirla.

D. Venancio ha partido, ¡oh dolor! Está en Lillo, su gloriosa cuna, cábete en los siglos venideros.

No ha dicho ¡ahí queda eso! pero ¡ay! lo triste es que volverá tan *fachendoso* como de costumbre.

Ojos que le vieron ir,
¡por que le verán volver?
Ay! Venancio, á mi entender,
no venir
es lo que debes hacer!

Un Sr. Amat, de Figueras, ha dado un banquete á artistas, literatos, periodistas y al empresario Duezcal, para leerles algunas escenas de una obra dramática que ha presentado en el Español. *Me parece bien!*

Este es el sistema moderno: los tenores dan banquetes para comerse á los revisteros; y por lo que se ve, el autor de una comedia tendrá que presentarla en comilona, para que los artistas la escuchen y las empresas la admitan.

¡Cuipé!
Más claro: adelantaremos hasta el punto de que los autores no pidan derechos de propiedad *antiguallasi* sino que al ofrecer una obra, tengan que decir á los actores y al empresario:

—Aquí traigo un drama en tres actos; destinado á Fornos, los Dos Cisnes ó el restaurant inglés; es en verso, histórico, original, para treinta cubiertos, y con epílogo de champagne!

Y el que tal no haga, se quedará *medito*, porque ¿qué talento ha de tener un hombre que no pueda banquetear? como el Sr. Amat de Figueras? ¿No es verdad usted?

Ya tenemos buzones de correos, fabricados en Alemania. ¿Y llegarán los periódicos á su destino?
Ah! verá usted cómo los toman los *hulanos*!

Algun periódico llama la atención del Gobierno sobre el estado de abandono en que tiene al abnegado cuerpo de *torreros de furas*.

Los torreros prestan excelentes servicios; viven en el aislamiento, lejos de los centros de población, sumidos en sus apartadas torres, azotadas por los vientos desencadenados y muchas de ellas por las alborotadas olas. Pero ¿qué vale todo eso? Ya les han prometido mejorar su condición; que esperen y se aguanten.

Los ministros, directores y demás pajarracos administrativos, viven en cómodas habitaciones, pasean en coche, fuman ricos vengueros, se tragan al país, se chupan la mar de *monios* y regalias, á nadie sirven y cobran sueldos horribles. ¿Que les importa á ellos que haya españoles abnegados? El que nació para ochavo, que se muera de hambre; el que nació para *doblon*, bastante hace con darse lustre y desdenar á los buenos servidores del pueblo.

¡Pobres torreros!

Leo en un anuncio de los periódicos serios: «¿No padecan los!...»
Yal... ¿Como si alguien la padeciera por gusto!
Es lo mismo que si los dieran Vds. á los contribuyentes españoles.—¿No padecan Camachos!...

Un periódico me dá á escoger entre un ministerio centralista presidido por Martínez Campos, y un ministerio constitucional presidido por el duque de la Torre.

¿No se enfadará V. si le hablo con sinceridad, estimado colega?

Pues bien, entre los dos... me quedo sin ninguno.

En la calle de Carretas fué detenido y sujeto el otro día un ciudadano que llevaba en un saco 400 pares de gafas que honradamente había robado.

Pero hombre! ¡qué corto de vista será el sujeto, cuando hace tal provision de gafas!

—¿Ha visto V. ya el cometa?
—Hombre, no... pero ¿tenemos cometa otra vez?
—Le diré á V.: yo tampoco lo he visto, pero le he visto la cola.
—¿Y hacia donde?
—En la mismísima plaza de la Leña.
Señor Romero Ortiz, échelo V. las tijeras.

Los señores del sindicato madrileño andan cada día más foscos y cejijuntos y hablan entre dientes de cerrar y de echar la llave.

Verán ustedes cómo acaban por coger al Sr. Camacho entre puertas.

Se ha inventado un piano, que tan sólo lo oye el que toca.

Usted que es tan hábil, Sr. Camacho, vamos á ver si puede inventar una contribución que sólo la pague el que la impugna.

La casa editorial de D. Felipe Gonzalez publica la segunda edición de la novela histórica *NERON*, original de Antonio de San Martín.

La pluma de este popular escritor está á la altura del gran flautista romano que se gozaba en el incendio de la metrópoli del viejo mundo.

De esta segunda edición verá Gonzalez el fin, pues es justa relación: para Neron, San Martín, para San Martín, Neron!

Don Carlos de Borbon y Este

(y de *aquell*), famoso en Milán, Trieste, Londres y Carabanchel; al papá de Ramoncito

(Nocedal), manda que no toque pito como jefe ó mayoral. Aquí dan fin sus empresas...

¡pobre de él! Con jefes y baronesas el Pretendiente es iniciel! ¿En que quedará la peregrinación?

¡Animo hombre, no se altere, vuelva á lucir morrion! Oh! qué injusto sambenito... pero bah!

¡hágase usted *fachendito* y nadie se asombrará.

El decano de los periodistas españoles, Sr. Borrego, publica un libro que se titula: *La España contribuyente ante la España oficial*.

El libro debe ser bueno, pero el título me parece largo. Yo le reduciría á estas palabras:

Lobos y corderos.

Por Borrego.

A que lo entendía todo el mundo.

EL DIBUJITO DE HOY

Tengo el gusto de presentar á Vds. un dibujante nuevo en la plaza, joven que se estrena con rasgos *camachiles* y que en mi concepto, promete algo bueno.

La explicación de su ensayo es la que sigue.

1.º D. Juan Francisco Camacho sentado en un trono, y escoltado por la *Industria* y el *Comercio*, en esqueletos, su estado actual.

2.º Un comerciante, su *castilla* y su heredero, felices, ricos, gordos y satisfechos: el hombre trabaja, pero toca el resultado de sus afanes.

3.º Aparece el *Necker* fusionero con sus tarifas, y al comerciante se le erizan los pelos y se le escapa el gorro de uso doméstico, y á su mujer se la alborotan los nervios y al chiquillo le entra un floriqueo de todos los diantres.

4.º La tienda está vacía: la contribución aprieta, y el comerciante y los suyos quedan en paños menores.

5.º Vence otro semestre, y nuestro protagonista su *mitad* y su *cuarteron*, toman rumbo á San Bernardino, al Pardo ó al Viaducto, luciendo su flacura en el deshonesto traje del Paraíso.

¡Ah! A todo esto, hierve en la sartén que empuña el Subsecretario de Hacienda, el genio financiero del Sr. Camacho, cuya gloria se pierde en las nubes: el *sello móvil* corre de acá para allá en velocípedos como patas de araña... y

Libre España, feliz é independiente, vé morir al país contribuyente.

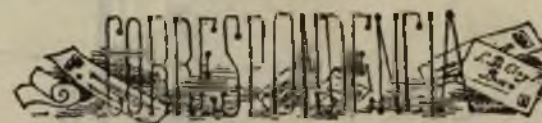
Conque ¡salud! y que gusten los dibujos del nuevo. MECACHIS.

LIQUIDACION

Del 1.º al 8 de Febrero esperamos las liquidaciones de nuestros dignos agentes, que hasta ahora nos dan pruebas de su interés por los progresos de la publicación.

¡Sea este el único recuerdo que necesiten!

LA ADMINISTRACION.



D. M. C. BARAJAS DE MBLO.—Gracias por su bondad: suscrito hasta fin Abril.—G. de G. BILBAO.—Suscrito hasta fin Marzo: remitidos los números duplicados.—A. P. ATARAZANA, 11, SANTANDER.—Suscrito hasta fin Abril: envíe 14 rs. en sellos.—J. A. V. MASDEN-VEGUE.—Queda V. suscrito, así como sus amigos los Sres. Ll. y R. T. Si quieren el abono por 3 meses (hasta fin de Abril) remitan 43 reales en libranza ó sellos; si por 6 meses (hasta fin Julio) remitan 84 reales en libranza del Matón y gracias por todo.—A. G. VITORIA.—Servido en todo lo que pide: rectif libranza: gracias por su puntualidad.—M. G. CIUDAD-REAL.—Recibí letra 19 pesetas: remitida liquidación: saldo por Enero, 1 peseta y 20 cént. —H. de R. LOGROÑO.—Calle V., *agraciada*.—J. G. MINAYA.—Servimos con mucha puntualidad, es falta del correo; ni V. ni yo tenemos la culpa.—J. M. VALLADOLID.—Recibí letra 61 pesetas 40 céntimos: anotado cuanto dice: gracias por su puntualidad.—F. P. C. ZARAGOZA.—Recibí letra 61 pesetas 30 céntimos (reales 246): anotado cuanto indica: gracias por su exactitud.—J. M. OVIEDO.—Recibí letra 41 pesetas y anotado lo que pide del Suplemento: gracias por su religiosidad y esmero.—J. A. AGUILAR.—Pagado el abono del Circulo hasta fin Junio.—E. S. F. CORUÑA.—Suscrito hasta fin Abril.—A. M. P. POZOBON.—Suscrito hasta fin Junio: envíe libranza ó sellos.—D. G. M. ALMODOVAR DEL CAMPO.—Idem hasta fin Julio: remita libranza ó sellos.—A. G. L. CORDOBA.—Recibí pesetas 8: aumentada remesa y servido en todo.—M. D. y A. GUADALAJARA.—Suscrito hasta fin de Abril.—M. P. y H. GALINDUSTE.—Idem hasta cuando V. determine.—A. O. y T. CABEZA DE BUEY.—Tiene V. razón: fué un *clay*.—V. G. GUADALAJARA.—Pagada su liquidación de Enero. Gracias por su exactitud: el paquete del núm. 5 fué completo.

MADRID.—Imprenta de LA BROMA, Amnistia, 3.—1882.